

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE MIGUEL DE LA MADRID, DURANTE EL III PERIODO EXTRAORDINARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU DEDICADO AL DESARME**

Señor presidente:

En nombre del gobierno de México, y en el mío propio, expreso a usted nuestro beneplácito por su designación como presidente del III Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General dedicado al Desarme. Su experiencia y habilidad diplomática orientarán nuestras deliberaciones por la vía del entendimiento.

Quisiera expresar también que la designación del representante de la República Democrática Alemana como presidente de la Asamblea General es un reconocimiento de la comunidad de Estados a la comprometida acción internacional de ese país. Para el desempeño de sus funciones, usted contará invariablemente con el apoyo de la delegación mexicana.

También es justo destacar la tarea que, al frente de la Organización, ha desempeñado el secretario general Javier Pérez de Cuéllar, quien con su inteligencia y capacidad política ha contribuido excepcionalmente a

crear las condiciones de una nueva distensión.

Nunca en la historia ha sido fácil la coexistencia entre las naciones. Sin embargo hoy, más que en otras épocas, el espíritu de la contradicción parece dominar a nuestras relaciones. Por sobre las maravillas que produce la inventiva del hombre, la fatalidad de un poder que se consume así mismo, sin finalidad ulterior, aspiraría quiméricamente a subordinar la naturaleza de los vínculos entre los Estados. La expansión material y la seguridad de las grandes potencias prevalecen en un mundo que frecuentemente se inclina ante los dictados de la fuerza en lugar de respetar las reglas del derecho y de la equidad; que prefiere el conflicto a la convivencia y la tensión a la comprensión.

Ahora aparecen en el horizonte signos promisorios. Sin duda la comunidad internacional se congratula no sólo por el diálogo entre las grandes potencias, sino porque ha producido ya frutos innegables, y hasta espectaculares. El acuerdo del 8 de diciembre último sobre la eliminación de los misiles de alcance intermedio y de

menor alcance (INF), además de cancelar un tipo específico de armas representó un avance sustantivo en materia de verificación. Y algo nuevo de la mayor importancia: la decisión de las dos potencias de iniciar la espiral descendente de los arsenales nucleares, sin afectar su seguridad. Los países que hemos luchado desde hace años por el desarme, no hemos de silenciar nuestro reconocimiento al gran esfuerzo técnico y a la decisión política de los negociadores.

Apenas hace unos cuantos días, en Moscú, dos grandes potencias continuaron su diálogo y su esfuerzo. No hay duda que en esa cumbre volvió a manifestarse voluntad constructiva para consolidar una relación que todavía no hace mucho parecía gravemente deteriorada. Tal vez no se cumplieron por entero las expectativas que había levantado el nuevo encuentro entre los líderes de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Todos hubiéramos deseado avances más sustantivos en materia de reducción y limitación de armas estratégicas ofensivas y de ensayos nucleares. No podemos desconocer, sin embargo, que a lo largo y a lo ancho del comunicado final se expresa otra vez, por ambos lados, el propósito de incrementar las coincidencias y de aminorar las divergencias. Paso a paso, como dice el propio documento, pero sin pausas ni convulsiones. El intercambio de información estratégica y la notificación sobre acciones militares de las dos potencias, que ahí se anuncia, debieran ser promesa adelantada de unas relaciones internacionales en que la confianza y la transparencia prevalezcan sobre el ánimo confuso del sentimiento de superioridad y de un falso predominio.

Albergamos optimismo. Pero somos también conscientes del difícil trecho que aún es necesario recorrer en el camino del desarme, de la paz y de la genuina seguridad internacional. Desde 1945, la humanidad ha reclamado su derecho a un mundo sin armas nucleares, es decir, su derecho a la vida. Por eso hemos repetido que el proceso del desarme no sólo concierne a unas cuantas potencias sino, en rigor, a todos los hombres y pueblos, ya que está en juego su propia subsistencia. Nada más evidente que el aserto anterior. Por eso, debe reconocerse igualmente que la demanda por un mundo sin armas está también en la raíz de los acuerdos recientes, y que la fuerza moral y política que ha erigido la humanidad para impedir el holocausto ha sido condición innegable de la atmósfera constructiva necesaria para avanzar en las negociaciones y en la concertación.

Un conjunto de circunstancias internas e internacionales ha favorecido el diálogo entre las potencias, entre ellas el derroche de recursos humanos y materiales que exige una carrera armamentista sin fin y sin propósito. Nuestros pueblos sostuvieron siempre que esos gigantescos recursos de conocimiento y de capital deberían aplicarse a mejorar el alimento, la salud, la educación, el vestido y la casa de millones de seres humanos, lo mismo en el mundo de la pobreza que en el de la riqueza,

en que hallamos también vergozosas bolsas de miseria. Pero sobre todo en el primero, en ese mundo nuestro de la mayoría de la población de la Tierra en que frecuentemente se carece hasta de lo más estricto, y en que las dificultades económicas destruyen la fe y la esperanza de vida de las sociedades.

Las potencias nucleares se acercan y dialogan también por razones económicas y porque al fin parecen percibir que no es posible, al mismo tiempo, construir armas cada vez más sofisticadas y efectuar las enormes inversiones que reclama la revolución tecnológica en marcha. Es una prueba de que hemos tenido razón y razones en nuestro antiguo y persistente reclamo. Ahora se nos otorga con evidencia irrefutable. Ahora se reconoce, en efecto, la profunda irracionalidad y el desperdicio estéril que supone la construcción de esos instrumentos de muerte. Por eso no abandonaremos nuestra denuncia y argumentación que vincula indisolublemente desarme y desarrollo. Sabemos bien que algunos países rechazan la asociación entre ambos términos, y que su negativa se finca en la posible elaboración de una cifra concreta que sea también la plataforma para exigencias concretas. Aun cuando así fuera no careceríamos de razón, no sólo por el testimonio actual que ellos mismos nos brindan, al cuantificar su propio desperdicio y las necesidades de inversión de su prosperidad, sino porque históricamente el intercambio desigual y aún la explotación nos hacen los legítimos merecedores de nuevos recursos que nos permitan vencer las innumerables carencias que todavía postran a los pueblos.

Nadie escaparía de una conflagración nuclear. En ella no habría vencedores ni vencidos. Una guerra nuclear, como bien se ha dicho, no debería ser librada porque no habría triunfador. Estos asertos nos llevan a la inescapable conclusión de que, en materia nuclear, no hay hombres o pueblos ajenos a las negociaciones y a los esfuerzos por alcanzar un mundo libre de estas terribles armas. Todos estamos involucrados y por eso estamos aquí, en este foro universal, procurando avanzar en el largo camino que un día nos liberará de la amenaza de la desaparición. Hemos reconocido la importancia innegable de las negociaciones y acuerdos bilaterales de las principales potencias nucleares, sobresalientes responsables en esas negociaciones, pero también principales comprometidos por el hecho de que la faz de la Tierra se encuentra saturada de tales artefactos de muerte.

Saludamos con optimismo el acercamiento reciente de los constructores y poseedores de las armas, pero no podemos ni debemos renunciar a nuestro propio derecho y responsabilidad. Por eso hemos de seguir insistiendo en la importancia decisiva del ámbito multilateral de las negociaciones. Por lo demás, así lo dispone la Carta de nuestra Organización, al conferir a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad los más altos deberes en materia de paz y seguridad. Así lo dispone

también la razón y la necesidad de que no haya ausentes en materia de tan vital importancia. Ese compromiso y responsabilidad colectiva sobresalen por razones históricas: la comunidad internacional formuló durante muchos años demandas que muchas veces fueron desatendidas y olvidadas. No obstante, casi invariablemente el tiempo ha conferido razón y mayor peso a nuestra argumentación.

Ahora mismo, más allá del horizonte de las circunstancias efímeras y de las opiniones de coyuntura, hemos de insistir en algunas metas de importancia fundamental en el proceso del desarme: terminación de todos los ensayos nucleares y liberación del espacio ultraterrestre de la saturación armamentista, reducción y eliminación de las armas estratégicas y de sus vehículos portadores, establecimientos de medidas preventivas que impidan una conflagración nuclear, entre otras.

No es posible olvidar que el espíritu de esta lucha, acorde con los principios de la Carta y de sus autores, se propone lograr un día la desaparición de todo armamento de destrucción masiva, sin excepción. Es una batalla también, como es claro, en contra de las armas convencionales y de las armas químicas y, en general, opuesta firmemente a la idea de que el desarrollo científico y tecnológico sirva para la construcción de nuevos artefactos militares.

El desarme es un aspecto esencial de la estabilidad, la paz y la seguridad internacionales. Es paso decisivo en un proceso más amplio que tiene otros elementos. La verdadera estabilidad, la paz entre las naciones a largo plazo y la seguridad de que cada uno pueda ejercer sus derechos sin menoscabo de los legítimos derechos de los demás, dependen también de que se modere la abismal contradicción que hay entre los países ricos y pobres. Y además, de que los conflictos regionales, que desgastan y destruyen a los pueblos, encuentren solución política y acomodo negociado.

Se vislumbra una nueva distensión entre el Este y el Oeste. Entre el Norte y el Sur desafortunadamente la relación ha empeorado en términos cualitativos y cuantitativos. En los últimos años ha crecido la distancia entre unas cuantas sociedades avanzadas y la mayor parte de los pueblos del mundo. No es aceptable que los más severos efectos de la crisis recaigan casi exclusivamente en los países en desarrollo. Los esfuerzos están lejos de haber sido equivalentes y simétricos. El hecho es que se ha producido un fenómeno perverso de la economía internacional por el que nuestros países se descapitalizan y se convierten en exportadores netos de recursos hacia los centros financieros. Tal situación, que provoca inestabilidad y legítimos reclamos sociales, no puede subsistir. Es intolerable y pone en entredicho la capacidad de la comunidad internacional para lograr una organización justa y armónica. Sin ella, no dura la paz ni es posible que la convivencia entre los Estados se desarrolle en un marco de verdadera seguridad y respeto al derecho de gentes.

Otro tanto ocurre con los conflictos regionales, que también amenazan a la paz y a la seguridad entre las naciones. Por fortuna, algunos de ellos parecen encontrar un principio de solución. Los más, desafortunadamente, siguen encontrando obstáculos que parecen insalvables. La conflagración bélica en el Medio Oriente es todavía un reto al entendimiento político. El *apartheid* ha de ser erradicado como vergüenza de la humanidad; la guerra Irán-Irak no puede seguir originando tantos sufrimientos; las Malvinas han de ser reconocidas como ámbito de la soberanía argentina; los conflictos centroamericanos, incluido Panamá, deben encontrar pronta solución dentro del más estricto respeto a la autodeterminación de cada pueblo y sin injerencias foráneas inadmisibles. Las condiciones de la paz negociada, en el caso de las confrontaciones en América Latina, están ya claramente definidas. Ayudemos a que culminen las fórmulas de paz, sin estorbar la negociación política que reclaman los pueblos de la zona.

Es convicción de México que, al igual que las Naciones Unidas han realizado un gran esfuerzo para avanzar en el camino del desarme, la Organización debiera concentrar sus energías, durante los próximos años, en solucionar el problema de la pobreza y encontrar arreglo para los cruentos enfrentamientos regionales. La comunidad internacional, con buena fe y decisión, podría también lograr esas metas fundamentales para una verdadera pacificación de las relaciones entre los Estados.

Señor presidente, señores delegados:

Es bien sabido que mi país, desde la creación de la Organización de las Naciones Unidas, ha participado activamente en los debates y en las negociaciones sobre el desarme. Y que desde 1984, al lado de los jefes de Estado y de gobierno de Argentina, Grecia, India, Suecia y Tanzania, en la Iniciativa para la Paz y el Desarme, nos esforzamos en impulsar una atmósfera política favorable a las negociaciones de paz. Centraría en los siguientes puntos las propuestas de mayor interés para mi país, que debiera examinar acuciosamente la Asamblea General, con motivo de esta sesión extraordinaria:

- Prohibición de los ensayos nucleares, lo que contribuiría a detener el perfeccionamiento de las armas y la carrera armamentista. Insistimos en la importancia de la aprobación y firma de un tratado multilateral sobre el cese de todas las explosiones de ensayos nucleares, lo cual sería significativo avance hacia el desarme general y completo;

- estudiar el establecimiento de un sistema multilateral de verificación en el marco de las Naciones Unidas, particularmente por lo que hace a los mencionados ensayos nucleares;

- evitar que la carrera armamentista se extienda a nuevos ámbitos, como el espacio ultraterrestre;

- impedir la proliferación de las armas nucleares, no sólo por el interés propio y actual sino por el de las ge-

neraciones futuras. Naturalmente, ello no supone construir barreras al desarrollo de la tecnología nuclear orientada exclusivamente a fines pacíficos. Tampoco significa que se aproveche la no proliferación para disimular la construcción de armas más sofisticadas;

— alentar el establecimiento de zonas libres de armas nucleares. Debo mencionar el Tratado de Tlatelolco que, al lado de otros acuerdos semejantes y más recientes, constituye una valiosa experiencia que surgió del ámbito latinoamericano;

— exhortar a que culmine la negociación de un acuerdo internacional que prohíba la producción, almacenamiento, transporte y uso de las armas químicas;

— subrayar y explorar los vínculos directos e indirectos entre desarme y desarrollo.

Señor presidentes, señores delegados:

Nuestro llamado en favor del desarme es también una demanda y una exigencia de bienestar para todos los pueblos. Y, en definitiva, un renovado esfuerzo para impulsar razón, equilibrio y justicia en las relaciones internacionales. La pacificación de la sociedad, en lo in-

terno y en lo externo, continúa siendo la meta central de la civilización contemporánea.

Naturalmente, el objetivo del desarme es hoy primordial para la supervivencia de todos los hombres y mujeres del mundo que tienen esperanza y luchan de buena fe por el derecho a vivir, a construir, a pensar y a crear. Es decir, que no sólo asumen la perspectiva de los intereses particulares e inmediatos, sino los más permanentes de la comunidad de naciones y de las generaciones venideras.

Los periodos extraordinarios de la Asamblea General dedicados al desarme, que se celebraron en 1978 y en 1980, cumplieron en su momento el objetivo propuesto. Este III Periodo debe confirmar que las naciones aquí reunidas, sin excepción, asumimos la responsabilidad que nos corresponde frente al peligro del aniquilamiento. Hagamos honor a la razón humana y a una civilización que ha costado tantos milenios construir. Sigamos luchando sin fatiga por la vida y por la prosperidad de todos los hombres y pueblos.

Nueva York, N.Y., 8 de junio de 1988.